

ENSUEÑOS LINGÜÍSTICOS DE MADRUGADA

Por Miguel de Unamuno

Había dejado el reloj bajo la almohada al acostarse. Al medio despertar, de madrugada, el brazo dormido y dormida, entumecida, la mano del brazo. Puso los dedos de la mano dormida sobre el reloj y sintió el pulso. ¿El del corazón o el del reloj? ¿Latía él o latía el tiempo mecánico? Cuando se aplica a la oreja un curacón marino dice la poética conseja que se oye el rumor de la mar ausente y los fisiólogos dicen que es la circulación de la sangre por el pabellón de la oreja. ¿Qué más da? Todo es sangre. Y era su sangre la que hablaba por su pluma, al pulso, la que latía en el reloj mecánico. ¿Y los dos pulsos no se debían acaso a hipertensión? El uno a hipertensión arteriosclerótica; el otro, el del ritmo de la vida económica, a hipertensión y a arteriosclerosis social. ¡Todo metáforas!



Alentaba el alba. Era entre el sueño y la vela, a la hora de dejar libre a la fantasía. La mano, la que escribía, dormida. "¿Lengua en manos como osas hablar?", dijo el del Cantar de mio Cid. Y mano sin lengua, ¿cómo osas obrar? Pero tenía que pensar en la tarea del día que se le abría, en el afán cotidiano. Cada día su afán. Su mano al escribir hablaba; hablaba con la pluma, a pulso y a sangre. ¡El afán del día!

Por su mente empezaban a revolotearle, a mariposarle palabras —palabras!— en libertad, que luego se le mariposaban, se le po-yaban, como a desovar. ¿María con ellas, con las palabras, un ensayo? ¿un artículo? ¿Un suelto? ¿Un soneto? ¿Un epigrama? ¿Un certar? ¿Qué haría con ellas? Y en tanto los que le decían que estaban esperando su obra... ¿Obra o huebra? Sí, algo de a folio. Le pasó por el magin Don Marcelino el periodista de a folio, destructor de los periodistas. ¿Qué diferencia va de un ensayo a un artículo, de un sistema filosófico a un ensayo? ¿Es por la extensión? ¿Qué diferencia va de una epístola de San Pablo, el Apóstol, que es un artículo de periódico a la Suma de Santo Tomás de Aquino, que es un sistema? ¿Y si Pascal hubiese hecho con sus *"Pensamientos"* la obra extensa que proyectaba?

Le revoloteaban, le mariposaban por el magin palabras, mariposándosele algunas. Entre ellas una frase que había leído la víspera en un libro catalán, una frase conceptualmente insignificante. Decía: "Era un cap al tard seré de setembre..." En castellano: "Era un atardecer sereno de septiembre..." Y la frase le hablaba... "¡tan callando..." ¡Otra frase! Y sin saber cómo se le acordó otra frase catalana, ésta de Ausias March, cuando dice: "¡oc crem ma carn!" O sea: "¡fueg(ó) quem(a) mi carn(e)!" ¡No, no es esto!

Veníanle frases, palabras sueltas, en libertad, palabras puras. Y él, traspuesto, en ensueño de madrugada, se daba, casi inconscientemente —era el hábito profesional— al juego de las etimologías. Juego con el que no se juega impunemente. La etimología, en griego *etymos*, es la verdad. ¡Buscar la verdad en la palabra! ¿Y dónde, si no? En el principio fue el verbo, la palabra; y al fin quedará, si no el verbo, la palabra. Las cosas se van, quedan las palabras, sus almas. Y revolotean en torno de nuestro espíritu,

ánimas en pena, buscando cosas, cuerpos, en que volver a encarnar. ¿Y qué es más vivo? Se le acordó lo de Bécquer: "Dios mío, que solos se quedan los muertos..." Y se dijo, entre sueño y vela, de madrugada, con el reloj bajo la almohada —que fue común—: "¡Dios mío que solos nos vamos quedando los vivos..." ¿Vivos?

Las palabras libres, almas en pena, mariposándosele en el magin, le hicieron fijarse en el reloj. Reloj de bolsillo, "muestra", que dicen campesinos castellanos. Cuando él era casi un niño y obtuvo su primer reloj de bolsillo era de aquellos a que se le daba cuerda con una llavecita, y no un "remontoir". Y se acordó de aquella cuerda, diciéndose: "pero no, acordarse no tiene que ver con cuerda; es cosa de cor-cordis, de corazón..." Y luego: "mas quién sabe..." Pensó —empezaba a pensar— que tenía que darle cuerda a su corazón. ¿Y la llavecita? ¿Y si se perdía? ¡Ay, las palabras que se han parado porque se perdió la llavecita con que se les daba cuerda y no la llevan en sí mismas...! Y luego se le acordó: "revolución". Y

luego: "¡revolución!" "¡Bah! —se dijo—, los más de esos revueltos no son más que envueltos..." Y luego: "pasa el tiempo al revolverse de los astros, con la revolución de los astros. Como las hojas de los árboles son las generaciones de los hombres, dejó dicho para siempre Homero. Y como las generaciones de los hombres son las generaciones de las palabras de los hombres... ¿Qué es un hombre más que un nombre?"

¿Su nombre? El se llamaba, por nombre de pila, por nombre de agua, water-name que dicen los ingleses, Miguel, Miguel, esto es, que declarado quiere decir: "¿Quién como Dios?" El nombre del Arcángel, sobrehumano. En España el nombre de Cervantes, el conquistador del Imperio de Don Quijote; el nombre de Leguipi, el conquistador, sin tener que esgrimir espada, del Imperio de las Islas Filipinas y del Asia Española; el nombre de Molinos, el conquistador del imperio de la Nada. ¡Lo que hace un nombre! Y del otro nombre, del apellido, del nombre de sangre, blood-name de los ingleses, se llamaba Unamuno

(Pasa a la sexta página)

ENSUEÑOS LINGÜÍSTICOS

(Viene de la quinta página)

Primero Una —como en Unamuno, Unibaso y en Unzaga, Unzueta, Un-ceta y así en otros apellidos rascos, o sea la gamona; el asfodelo que dicen los que aprenden botánica en libros de texto de segunda enseñanza. El asfodelo, el de las praderas por donde vagan las almas en pena. Y luego: mano, o sea colina, montón de tierra. Colina de gamonas. O más sencillamente: gamonal o gamonada. Y desde lo alto del gamonal, de la colina de asfodelos: "¿Quién como Dios?" ¡A lo que obligó un nombre! Y se le vino a las mientes otro recuerdo y es que cuando, en 1442, antes de mediar el siglo XV, fueron entregados al brazo secular algunos de los herejes de Durango —que no escaparon al catálogo de heterodoxos de Don Marcelino— aquellos "fratricellos" a que acaudilló Fr. Alfonso de Mella, hubo entre ellos un Juan de Unamuno, cuchillero, al que se le repitió de "apóstata relajado"

A todo esto el día naciente se iba hinchiendo de vela. O sea de vigilia. E iba abriendo sus velas, las otras velas, de la historia. Acordarse y cuerda —se dijo— contra que emparenten en son "no son parientes en sentido y lo mismo les pasa a estas dos velas... pero quién sabe". Y se levantó, se lavó, se vistió, metióse el reloj en el bolsillo del chaleco, tomó la pluma y va con pulso tranquilo, dejando a los que esperaban su obra, escribió este artículo

MIGUEL DE UNAMUNO

La transcripción del presente artículo ha sido hecha directamente de su original autógrafo, respetando la ortografía del autor. Obsérvese, por ejemplo, que el primer mariposándosele lleva dos acentos, y el segundo uno tan sólo. Una llamada, a lápiz, del autor, indica que se deben poner los dos acentos en la primera vez que lo escribe. En la segunda sólo pone un acento y no hay llamada alguna.

D. Unamuno, V.

Reproducido en
SOLIDARIDAD
NACIONAL

Barcelona, Domingo
18 agosto 1946

Página de
"Letras y Noticias"

1157

El Norte de Castilla, Valla-
dolid, y otros, mayo 1934



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CREDOS USAL ES